Ricardo Camacho

Contigo, sin ti y después de ti



Letrame
Grupo Editorial

Contigo, sin ti
y después de ti

Contigo, sin ti y después de ti



Ricardo Mauricio Camacho Ramírez

Primera edición: 2023

© Derechos de edición reservados. Letrame Editorial.
www.Letrame.com info@Letrame.com

© Ricardo Mauricio Camacho Ramírez

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Diseño de portada: Rubén García
Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1144-752-2

DEPÓSITO LEGAL: AL 574-2023

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia. com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

De todos los amores en el mundo, el tuyo fue el único que trascendió las barreras del tiempo, el espacio, y las que pusimos entre ambos.

Este libro reúne todo aquello que escribí,

estando juntos, ad(heridos) y separados.

Con todo el amor que le tuve, tengo y tendré, para Ella.

Contigo

El esplendoroso arte de estar contigo:

Solía creer que los milagros no existen o, mejor dicho, que las coincidencias no existen. Que entre el cielo y el suelo solo hay un sinfín de moléculas desperdigadas entre las noticias del hoy y del ayer.

Y entonces, el día que menos lo esperaba, te conocí.

No voy a mentirte y decir que en aquel entonces lo supe con una certeza prácticamente inaudita, o a fingir mientras declamo cómo se encendió en mi interior una flama que no ha logrado apagarse porque, la verdad, contigo aprendí que no hay mentira que venga sola y que una verdad vale más que una caricia.

Pero sí puedo decirte que viendo en retrospectiva, aquella fue la primer coincidencia que me hizo creer en los milagros.

¿Cómo no hacerlo? Si de una u otra manera, yo no debía estar en ese sitio, a esa hora, ni en ese fatídico momento, y aunque haya intentado librarme de mil maneras de aquel destino, terminé en el único lugar que me pudo haber llevado hasta ti.

¿Coincidencia o milagro? ¿Suelo o cielo? ¿Cuál era el punto intermedio?

Cómo demonios saberlo si siempre dije que nada podía ser blanco o negro, bueno o malo, cielo o suelo. Si ahora en el suelo te veo, recostada mientras aclamas mi nombre entre las ganas de hacer eterno un momento y lo efímero de un suspiro; o cuando nos sentamos a vivir el esplendoroso arte de estar contigo, fingiendo que entre el suelo y el cielo hay algo.

El problema es que ya no sigo pensando eso, sino que ahora, entre el cielo y el suelo estás tú, tú y tus ojos, y tu sonrisa, y tus benditas caderas que me obligan a proclamarme tuyo, aunque con ello pudiera ganarme el infierno.

Lo irónico es que ahora en el cielo también estás tú, en ese tono amarillo que viene en las tardes lluviosas, o en el rosa de Bengala que no se ve en Málaga. Están nuestras tardes de alcoholes y bailes, y tantos otros sinsabores que no vinieron hasta después de ti.

Por eso es que, cuando me enamoré de ti, entendí que no se trata de creer en milagros, o en coincidencias, o en cualquier otro tipo de karma que pudiera llevarme hasta el filo de tus labios, sino que ahí, a escasos centímetros de mí, estaba precisamente… el milagro de coincidir.

Hablando de coincidencias:

A veces me cuesta trabajo entenderlo…
Cómo es que siendo tan solo ínfimas partículas en el vasto universo, tuvimos la oportunidad de coincidir en tiempo y espacio.

Hay algo que quiero que entiendas:

Si me gustas no es por guapa.

Y no me malinterpretes,
eres la mujer más hermosa del planeta.

Pero si me gustas
es por tu alma noble,
tu inteligencia,
tu forma de amarme.

Y bueno, sí… también por guapa.

Perdona.

Sí, perdona que no pueda ser solo tu amigo.

Supongo que después de todo,
es algo que ni siquiera sé cómo explicar.

Simplemente pasa que cuando te veo,
y me miras de regreso,
se enciende algo dentro de mí,
algo que denomino:

hambre de ti.

Te elegiría.

Te elegiría un millón de veces más,
te elegiría, aunque supiera que el mundo entero peligra por ello, porque al menos aquí, ahora,
tú eres el único mundo que me importa.

¿Te digo un secreto?

Sé que eres la correcta porque me enamoré de ti como del cielo.

Te he visto brillar y te he visto llorar. Y aunque te haya visto tan fragmentada como un cielo nublado...

nunca nadie me ha parecido más bella que tú, mi cielo.

Te he visto serena e implacable, como una tempestad que no se rinde.

Te he visto proclamarte reina y tan vulnerable como lluvia en
verano.

Te he visto, con todos los matices del cielo y he aprendido a amarte en todos ellos.

Reina y mendiga, amante y confidente. Nombra mi suerte, y habré de adorarte, sin importar tu clima.

El milagro:

En el punto más bajo de mi vida le pedí al cielo un milagro.

Y al doblar en la esquina, ahí estabas tú, con la vista perdida en las estrellas.

El miedo a perder.

Me enamoré de ti aunque no quería.

Y no era que le tuviera miedo a perderme en ti, sino que muy dentro de mí, lo sabía...

Sabía que si me enamoraba de ti, no habría un día más en el que no anhelara besar tus labios.
Que si acaso me atrevía a enamorarme de ti, mi mente no volvería a ser mía, ni tuya, sino nuestra.
No, no quería enamorarme de ti, porque siendo honesto, le tenía miedo a volver a sentir por alguien eso por lo que se cruzan montañas, cielos y mares.
¿Cómo no haberlo hecho?
Si bastaba mirarte para descubrir que entre tu boca y la mía se guardaba un secreto que solo podía escucharse en el silencio de tus labios.
Pero por mucho que intentara no caer en tus encantos, no tardé en descubrirme peregrino de una fe que había perdido.

Pronto descubrí que junto con la valentía que vino al perderme en tus ojos, también llegó el temor de todos los bienaventurados, victoriosos y dichosos, pues un día, sin previo aviso, ya no tuve miedo a enamorarme de ti, sino a perder(te).

Escribiendo de ti.

Cuando no estoy contigo, escribo de ti, para explicarle a mis pensamientos lo que siento por ti.

Volveré a buscarte.

Y si en algún punto lo arruinamos y nos separamos.

Volveré a buscarte para intentarlo nuevamente hasta que nos salga bien.

Porque niña...

No quiero darme el lujo de perder la luz de mis ojos.

La ironía.

Qué ironía que en este mundo que me enseñó a callar lo que siento, lo único que no me puedo callar es lo que siento por ti.

El vaivén entre hola y adiós.

Tal vez un día tengamos que despedirnos.

Hacer las maletas y marchar para cumplir lo que juntos no podamos.

Pero al menos por hoy, déjame hacerte el amor como si fuera nuestra última noche juntos.

Como si al despertar, el adiós nos diera la bienvenida y un hola se perdiera en el silencio.

Me gustas.

Me gustas, y no para un rato, sino para hoy, o mañana, o siempre.

Y no, no tengo idea desde cuándo, solo sé que un día desperté contigo en mi mente y comencé a llamarte en lugar de mensajearte e ir a verte se convirtió en mi pasatiempo preferido.

No sé cómo pasó, solo sé que, desde ahora, innegablemente... me gustas.

Y te vi.

Y entonces te vi... te vi los lunares que escondías bajo la ropa, las cicatrices que guardabas tras un lienzo de seda y las ganas que te callabas entre los besos que en silencio me dabas.

Te vi como nunca nadie te había visto y fue ahí que me permití despojarme de todo lo que nunca fui, para que también me vieras a mí.

Te vi a ciegas, y te leí en la piel la promesa de un amor fiel.

Desbordarme de ti

Solía creer que al verte me desbordaba de amor, pero no es que me
desborde de amor, me desbordo de ti,
de ti,
de ti y de tu bendita presencia,
de tu exquisita esencia que me embriaga el alma de eso a lo que llamamos: **amor**.

Tengo ganas de ti.

Tengo ganas de ti...

Aunque no sé si tengo más ganas de besarte hasta el alma,

o de tomarte de la mano con calma,
como si no tuviera prisa por escuchar tu risa.

Supongo que al final prefiero ambas,
pues me gustas no solo para cantarnos en el coche,
o para una noche,
sino para elegirte todos los días,
por el resto de mi vida.

Me di cuenta de que me gustas cuando vi a alguien que se parecía a ti y me tembló hasta el alma por la simple idea de volver a verte.

Tengo que confesarte algo:

No soy perfecto, y no estoy dispuesto a intentar serlo.

A lo que sí estoy dispuesto es a entregarte lo mejor de mi día a día.

Y a intentar mejorar en las cosas que haga mal, porque se trata de ser real, no perfecto.

Por si nadie te lo ha dicho hoy:

Quiero que sepas que creo en ti.

Que si de algo estoy orgulloso es de lo lejos que has llegado.

Y que estoy seguro de que alcanzarás todos tus sueños.

Cuando me enamoré de ti.

Alguna vez me dijeron que cuando conociera a la persona correcta, me daría cuenta de inmediato, que prácticamente al verla, lo sentiría. Hablo de eso que todos los que se han enamorado afirman sentir al estar con la persona que aman: esa calma, pasión o deseo sin igual que solo una persona es capaz de despertar en ti.

La realidad es que no me di cuenta de que lo había sentido hasta mucho tiempo después, cuando te vi riendo por alguno de mis chistes y al escuchar tu risa, todo tuvo sentido dentro de mí. Fue como si de alguna manera, en aquellos instantes tuviera la certeza de que todo lo que estaba mal en el mundo había dejado de estarlo. Mis propios fragmentos dejaron de sentirse como elementos aislados y volví a percibirme como un ente íntegro, alguien digno de estar contigo.

Y no era que antes no fuese digno de tu presencia, o que estuviera tan herido que no pudiese estar con alguien tan entera como tú, sino que nunca me había dado cuenta de que podía ser yo estando con alguien distinto a mí.

Por eso es que ya no creo en las fantasías que alguna vez me contaron con respecto al amor, porque cuando me enamoré de ti, comprendí que el amor tiene nombre, rostro, risa, olor y hasta una sensación distinta para cada persona.

El mío, por ejemplo, lleva por delante el nombre tuyo, al pensarlo solo logro vislumbrar tus ojos iluminados por el sol naciente y si quisiera denominarlo por un sonido, sin duda sería con la melodía de tu voz. Su olor es el que despedimos al danzar bajo un mismo ritmo y su sensación es la de tu mano en mi pecho, mientras te proclamas reina de todo aquello que tengo y tendré.

Cuando me enamoré de ti, entendí que no era que todas aquellas personas que me hablaron del amor estuvieran mal, sino que nunca me hablaron de ti.

Te quiero

Te quiero cuando me besas en silencio y tus manos me gritan lo que tus labios han callado.

Te quiero cuando me miras sin que me dé cuenta y cuando te veo y apartas la mirada.

Te quiero cuando dices todo y cuando dices nada.

Te quiero presente y te quiero ausente.

Te quiero hoy y te quiero mañana, entre la delgada línea de nunca y siempre.

Te quise en el pasado y te querré en el futuro, aunque por ahora, solo me quede un «te quiero».

Y si vivimos mil vidas, en mil vidas te vuelvo a amar.

La fórmula del amor.

Enamorarme de ti ha sido el producto de todas nuestras sumas y restas.

No porque seas como un dígito, sino porque he cambiado las matemáticas por métricas.

Las restas por rimas y las sumas por besos.

Pues la suma de uno y uno no es dos, sino tres, mil, o las diez mil noches sin dormir.
Porque entre tú y yo, no hay momento que dure, ni espacio que alcance para dejar de amarte.

Me pidieron que escribiera de amor

y escribí de ti.

Nunca podré agradecerle lo suficiente al destino por haberte puesto en mi camino.

Sin ti

Diario de una ruptura

Para esos amores que,
como flores marchitas,
solo dejan el recuerdo…
de lo bello que fue.

Día 1

¿Alguna vez han tenido algo pegado sobre una herida? Hay gente que le gusta usar curitas, otros más que prefieren colocar una gasa con algo de cinta para fijarlo. El problema es que, como toda herida sangrante, tiende a coagularse y termina por adherirse fuertemente a lo que la recubre.

¿Conocen el sentimiento al querer desprenderla? ¿Duele, cierto? Justo así fue como hoy me sentí mientras decidía cortar de tajo la mejor historia de amor que he vivido. ¿Cómo alguien podría hacerlo lentamente? ¿Cómo es que una persona podría tener la frialdad de irse desapegando de alguien a quien supuestamente amó?

«No sé lo que quiero», fueron sus exactas palabras.

¡Joder! ¿Por qué le cuesta tanto darse cuenta de que me muero por ella? ¿Por qué demonios alguien podría dudar si te ama o no, si quiere estar contigo o no? Creo que el amor es una decisión, una que se toma todos los días y si de un momento a otro llega el preciso instante en el que ya no sabes si quieres estar con una persona es porque tienes que agarrar tus maletas e irte, porque entonces hay algo más que tiene un peso importante y no te permite estar completamente con alguien que te está poniendo primero que a sus propias prioridades.

Ella no se fue, es cierto, ella simplemente llevaba meses diciendo que no sabía si quería estar conmigo, jugaba a que un día me quería y al otro ya no estaba segura. Muy probablemente todos mis errores tuvieron algo que ver en eso, pero nadie es perfecto y como dicen ahí, todos somos el malo en una historia mal contada.

No creo que ella sea mala, de hecho, creo que es la mejor persona que conozco y por ese motivo la elegí todos los días durante cuatro hermosos años, pero hoy… hoy toca elegirme a mí.

Si tan solo pudiera.

Si pudiera, viviría todo de nuevo.

Incluso me atrevería a perderte de nuevo.

Solo para tener la oportunidad de enamorarme de ti,
una vez más.

Tu intermitente presencia.

Y entonces acepto que estés a medias,
porque eso es mejor a que no estés en lo absoluto.

El problema es que estando así,
me gana la ironía de saber que extraño tu ausencia.

Pues esta clase de presencia no me deja nada,
salvo la certeza de saber que no te quedas, ni te vas,
sino algo a la mitad.

No es que ya no te extrañe.

No, en definitiva, no es que ya no te extrañe. Ni siquiera es que haya dejado de pensarte, en realidad, creo que me he cansado de buscarte.

Y no hablo de aquí, o allá, sino conmigo.

Tal vez sea que me he cansado de fingir odiarte, en mi burdo intento por olvidarte.
O quizá me harté de llamarte sin encontrarte,
y de gritar tu nombre para callar mis ansias de verte.

Nunca supe en qué momento me cansé del **ruido** de tu ausencia.

Por eso ahora, no es que ya no te extrañe, sino que lo hago en **silencio**.

De todas las veces que te perdí, la que más dolió fue la primera... porque incluso cuando no me había dado cuenta, amaba la mentira de creerte mía.

Mi error fue enamorarme cuando todo lo que querías…

era alejarme.

Quizás y hoy, después de tanto tiempo, por fin deba aceptar que sigo siendo un esclavo... de tu recuerdo.

Cuánto amo tu fantasma.

Quizá porque me visita con más frecuencia de la que debería y termino por encontrármelo a cada vuelta de la esquina.

Quisiera no verlo tanto, convencerlo de alejarse por un rato. Tal vez de esa manera podré olvidar tu rostro, o tu risa que por acá me hace tanta falta.

Es curioso que aunque han pasado años, sigo mirando tu fantasma con cariño, quizá porque me recuerda a los tiempos en que fui más feliz.

Y entonces ya no solamente miro al fantasma de la persona que fuiste, sino de la que fui mientras estuve contigo.

Cuánto la extraño... hablo de la versión de mí, de aquella a quien también dejé partir junto contigo.

Tal vez si alguien me hubiera dicho que perdería tanto al elegirme a mí, me hubiera hecho de la vista gorda y habría seguido viviendo en tu mentira, porque al menos ahí seguiría creyendo que el amor existe.

Hoy quiero dejar de pretender que tu fantasma no me importa y quizá comenzar a creer que si le respondo el saludo, aunque sea por un instante, volveré a ser ese que alguna vez estuvo contigo.

Te extraño... ¿okay?

Te extraño cada día desde que te fuiste.

No es que no logre dejar de pensarte, sino que todo me recuerda a ti.

Las sonrisas después de un beso, las caricias después de hacer el amor o esas infinitas ganas de recaer en ti cuando quería huir de todo el mundo, menos de ti.

Menos de ti.

¡Joder, cuánto te pienso!

Créeme que he intentado de todo para dejar de pensarte, desde odiarte, hasta bloquearte y maldecir tu bendito nombre en cada una de mis noches sin dormir.

Y aunque le ruegue al cielo porque llegue el día en que vuelvas y cumplamos esa promesa de una vida juntos y amarnos aunque la muerte nos separe, hoy, por alguna extraña razón, una parte de mí ya no quiere que vuelvas.

Quizá porque la vida es más sencilla sin imaginar un futuro en el que tenga hijos, o una vida de rutina que solo quería contigo y es que si vuelves, volverá la ilusión por casarme, por cargar a nuestro hijo o hija, verlos crecer y envejecer a tu lado.

No lo quiero.

¿O sí?

Carajo, ¿qué quiero?

Tal vez, poder olvidarte y con un poco de suerte, conocerte de nuevo.

Así que te amaré en mis libros, porque solo ahí puedo arreglar la situación, cambiar nuestras mentiras por verdades y hacernos tomar las elecciones que nos hagan volver a coincidir.

Solía desear que un día, sin saber el tiempo, o el lugar, tú volvieras.
O bueno, más bien sería:
Solía creer que un día, sin saber el tiempo, o el lugar, tú volverías.

Estoy a tres segundos de olvidarte.

¡A tres!

Uno para recordarte, otro para soltarte y el otro...

¿Por qué querría olvidarte?

Estoy a tres milenios de olvidarte.

1 de nov del 2021

Estoy a dos meses de olvidarte.

Dos, porque a tres te estaría regalando otro año de extrañarte.

Dos porque precisamente a uno terminaría por pensarte y llamarte para mirarte.

Estoy a dos meses de olvidarte o al menos esa es la mentira que me repito a diario para recordarme que si decidí partir, no fue por ti, sino por mí.

Al que venga después de mí:

Tienes que saber que ella es de esas chicas que te ilumina el mundo, que se ríe fuerte, pero que también llora intensamente.

Que a veces te hace sentir como Cometas en el cielo y que si prestas atención, te he dicho su libro favorito.

Que es sumamente inteligente y podrá olerse tus mentiras a la distancia, pero que sepas que ella también podrá contarte unas cuantas.

Es tierna y amena, y en la cama es una fiera. Que quizá sea de las pocas que puede ser dominante y sumisa, aunque tengan prisa.

Que tiene cicatrices que todavía le duelen y algunas otras de las cuales me hubiera gustado salvarla.

Que al igual que yo, adora a Van Gogh, pero no por moda, sino por su historia.

Es culta, y no, no creas que la verás presumiendo de ello, solo escuchará atentamente y de vez en cuando ampliará tu visión de las cosas.

Y que probablemente por mi culpa ame a los superhéroes, así que espero disfruten esas películas como solíamos hacerlo.

Desea ir a Grecia, casi tanto como sentirse plena.

Adora la sandía y los girasoles, pero cuidado con las manzanas o los melones.

Y claro, tiene un temperamento del demonio y su cara suele delatarla, pero estoy seguro de que aprenderás a adorarla.

Y ojalá entiendas que aunque ya no estemos juntos, siempre voy a cuidarla y que estaré para ella cuando me necesite, que he abandonado al mundo entero por ayudarla y que ella también lo haría por mí.

Porque... no es que sea mi amor, pero lo fue, lo fuimos.

Así que, al que venga después de mí, espero que puedas valorarla a tiempo, y no tengas que escribirle al que venga después de ti.

Te prometo.

Te prometo que un día llegará alguien que lo haga ver fácil.

Alguien que le ofrezca soluciones a los problemas.

Con quien las discusiones no se sientan como una guerra, sino una construcción.

Alguien que te caliente el alma con una sonrisa.

Y con quien las tristezas sean menos intensas.

Te lo prometo.

Algún día llegará alguien que comprenda tu sufrimiento.

Y te prometo que cuando llegue, lo sabrás... y le dirás:

Siempre supe que llegarías.

28/10/2021 Miénteme.

Miénteme y dime que todavía me quieres.
Que al andar por la ciudad me buscas sin parar.

Miénteme y dime que me extrañas.
Que al pasar de los días, mi presencia has de anhelar.

Miénteme y dime que tu único engaño fue olvidarme.
Que no es que fueran dos o tres, sino el paso de tus pies.

Miénteme y dime que mientras más pasa el tiempo, más deseas regresar.
Que nunca quisiste irte o que me fuera.

Por favor, miénteme tan solo una vez más y dime que me amas sin dudar.

O mejor por una vez dime la verdad y no me mientas en realidad.
¿Cuándo fue que me dejaste de amar?

¿Quién te dijo?

¿Quién te dijo que he dejado de amarte?
Dudo que hayan sido mis lágrimas o los besos que me he guardado con la esperanza de volver a verte.

Sin duda no fueron los cientos de versos que he escrito a la espera de que tú o alguien más te los lea.

Quizá podrías decirme que ha sido la marcada indiferencia que con tanto ímpetu he fingido.

O tal vez el supuesto odio que tan reiteradamente te has ganado.

Querida... cuántas veces tengo que decirte que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia.

Y entonces si finjo mi indiferencia, no es que haya dejado de amarte.
Sino que te amo y me odio al hacerlo.

¿Por qué habría de seguirlo haciendo?

¿A quién le estoy mintiendo?
A los demás por decirles que eres pasado, o a mí, por creer que alguna vez podrás serlo.

¿Quién te dijo que he dejado de amarte?
Si aunque hubiese sido yo, siendo tú quien más me conoce, me habría puesto a prueba y en el punto en que la gravedad me hubiera hecho caer, sonreiría al saber que sigo siendo irremediablemente tuyo.

Lo peor de alejarme de ti.

Lo peor de haberme alejado de ti es también lo mejor.

Pues mientras te mantuve a la distancia, descubrí que podía ser feliz y correr y reír, perseguir mis sueños y alcanzarlos.

Pero aun mientras me reía a carcajadas y celebraba mis logros, una parte de mí seguía esperando… que estuvieras ahí.

¿Cuánto tiempo necesito para aliviar mi corazón roto?

Alguna vez pensé que un par de días, o máximo en un par de semanas, estaría riendo con tanta fuerza como cuando me reía contigo.

Irónica mi sorpresa al descubrir que no he vuelto a reírme igual en meses, ni siquiera cuando volví a verte.

Entonces ahora ni contigo, ni sin ti, ni con alguien más. Simplemente ahí estoy, con una sonrisa fingida y una risa que me sabe a llanto.

¿Cuántos meses necesito para ya no pensarte?

Si aunque vaya un año, te sigo pensando a diario y recuerdo cada uno de nuestros chistes, con el miedo de que se me escapen con alguien más, porque sé que no podrán entenderlos.

Me duele haber convertido todo mi amor en odio, porque esa se ha convertido en mi manera más estúpida de seguirte amando.

¿Cuántos días, minutos o segundos más necesitas para darte cuenta de que te sigo esperando?

Buscándote.

Que si te busco en todas partes no es porque quiera encontrarte por fuera, en las calles y puentes.

Sino que te busco porque te llevo por dentro, en cada canción y en cada eco de mi mente.

¿Por qué cuando te busco recuerdo lo bueno?

Si tan solo pudiera permitirme odiarte como antes tal vez entonces podría olvidarte y marcharme como quien da media vuelta a sabiendas de un viaje sin retorno.

Así quisiera irme, dejando atrás todo el pasado, lo bueno y lo malo. Quisiera olvidarlo todo... todo... ¡todo!

Todo lo que me hiciste sentir y lo que vivimos cuando niños, en aquellos días que el amor parecía un juego y era tan simple.

Al menos si lo olvidara, al verte nuevamente, solo sentiría dentro de mí la coincidencia de haber visto a mi alma refleja y te sonreiría.

Aunque eso significara volver a vivirlo todo de nuevo.

Hay personas que son tu debilidad...

Como si de alguna manera fueran una especie de catalizador y todo lo bueno lo volvieran extraordinario.

Personas que no importa por cuánto tiempo se hayan ido, siempre las recibes con los brazos abiertos.

¿Por qué resulta tan imposible marcar el límite entre volver a caer en sus encantos y dejarlos fuera por sus engaños?

Quizá sea porque al ser tu debilidad se convierten en una adicción, pues a pesar de lo malo, lo que te hacen sentir resulta tan exquisito que se te va el miedo de jugar con fuego, aunque puedas quemarte.

Hoy voy a contarte mi mayor secreto:

Desde aquella vez de mi partida, me he cuestionado una y mil veces si de quedarme me amarías.

Si tal vez hubiera dado más, como todas aquellas veces que entregué hasta lo que no tenía, habrías vuelto.

Pero es que sí lo hice.

Cuando no podías caminar, te di mis alas para seguir volando. Fui tu sustento, tu compañía y tu aire, navegando con viento en popa para recuperarte.

Me duele saber que no he podido superarte.

Que a pesar de tus mentiras, me empeño en recordarte y así, día a día, voy buscando tu silueta entre la gente, como si creyera que volveré a verte.

Por eso he de confesarte que te extraño y que aunque me dolieras, ya te he perdonado, quizá más rápido de lo que merecías. Y también que te sueño más a menudo de lo que quisiera, como si mi mente se empeñara en traerte de regreso incluso cuando ya no lo quiero.

Y que a veces cuando mi teléfono vibra, sigo esperando ver tu nombre en la pantalla aunque solo viera un número que conozco de memoria.

Y también que me enferma pensar que creceremos separados y que quizás algún día te encuentre con otra familia, entre los brazos de otro que no sabrá lo que pasamos juntos, porque seremos un secreto que habremos guardado... espero que con cariño y no con odio.

Con lo irónico que nunca me gustó guardar secretos...

Por eso ahora te digo mi mayor secreto.

Y es que hoy... a dos mil siete días de haber comenzado, le habría escrito un nuevo título a nuestra historia.

¿Quién hubiera dicho que hoy escribiría el punto final?

~~Día 100~~. Día 1.

Entonces empieza nuevamente este proceso de aprender a vivir sin ti.

No puedo decir que sea más fácil que la vez pasada, porque al final, jamás podría ser sencillo vivir sin la persona que ha sido tu confidente, compañera y mejor amiga por los últimos seis años.

Sin embargo, desde que volviste de golpe a mi vida, no dejé de pensar en que aquello estaba mal. No porque no quisiera que estuvieras ahí, sino porque estábamos en el momento equivocado. Sabía que yo desempeñaba un papel fundamental en tu vida, uno en el que te protegí de caer tantas veces, que me olvidé de protegerme a mí mismo.

Siempre supe que terminaría mal. ¿De qué otra forma podría terminar una situación en la que él y yo te amábamos y tú, pues tú jugabas a no estar con ninguno de los dos?

Creo que después de todo, el problema siempre ha sido que estar contigo es como una droga. Sacas lo mejor y peor de mí, y la intensidad de lo que me haces sentir es tan adictiva que me olvido de cuidar de mí mismo. Dejo de marchar a mi ritmo, el mundo empieza a girar alrededor de ti y poco a poco, mis rutinas se convierten en ti.

Así que hoy empieza de nuevo ese proceso, aquel que ya he vivido antes y que por mucho que me rehusara a volver a cruzar por este camino, deberé andar por la vereda que me lleve a tu olvido, en donde al final, con un poco de suerte, me habré desintoxicado de ti.

Y te marchas...

No porque ya no quieras quedarte, sino porque es preciso escaparte.

Pero te alejas en partes, pues sabes que detrás de ti vas dejando pequeños fragmentos de tu pasado.

Ese al que te aferraste con tantas ganas, aun a sabiendas de que ya no le pertenecías.

¿Por qué te olvidaste de cuidar de lo que más importaba y decidiste fragmentarte por quien no te valoraba?

Tranquilo, supongo que ya no importa, pues mientras te vas y vas dejando todo atrás,
te acercas más y más a lo que perdiste, cuando te quedaste.

Desde mi ventana te espero.

Han pasado varios meses desde que te fuiste y aún creo que vendrás a verme.

No es porque tenga la estúpida idea de que todavía me quieres, sino porque yo todavía lo hago.

¿Cómo dejar de hacerlo?

Quisiera que perdernos fuera más sencillo, pero me rehúso a dejarte ir, pues todavía vives en mí.

Y he descubierto que lo que alguna vez te dije era cierto y te vivo...

Te vivo entre las caricias de otra persona, te vivo cuando te extraño, cuando miro nuestras fotos.
Te vivo cuando pienso en lo que pudimos ser y que ya nunca seremos.

Te vivo cuando escucho que hablan de amores eternos, aunque nunca logremos serlo.

Y es que te vivo, aunque ahora viva sin ti.

El punto entre las dos y las tres.

Hay un punto entre las dos y las tres, entre zumbidos de monitores e instrucciones de doctores, en el que no puedo evitar pensar que yo también estoy enfermo.

Enfermo de ti, de ti y de tu maldita ausencia o quizá de tu intermitencia, porque aún en tu presencia me ganaba la demencia por saberte pérdida entre labios ajenos...

Hay un punto entre las dos y las tres, en que me permito extrañarte, aunque eso signifique recordarte y odiarte.

Odiarte eternamente por haber sido mía y luego haberte ido.

Hay un punto entre las dos y las tres... en que te quiero, pero ya no te espero.

Volví a equivocarme.

¿En qué mundo podrías valorarme?

Quizá sea porque soy demasiado accesible, asequible o tan jodidamente alcanzable que termino por ser invisible.

No digo que odie ser de esta manera, porque dentro de mi ignorada presencia he logrado cuidar de tu bendita esencia.

Ojalá tú también te dieras cuenta de eso.

Sin embargo, aquí estamos.

Tú con un amor ausente y yo tan presente, aunque le corresponda a nuestro pasado.

Perdone que hoy decida alejarme. No es que haya hecho algo malo, en realidad me enseñó una forma de amor que siempre quise tener: jovial, apasionado y desinteresado, algo muy parecido a lo que yo ofrezco.

El problema es que esa clase de amor me la entrego a diario y lo que quiero es algo más, algo que me haga vibrar, que me haga cuestionármelo todo una y otra vez. No quiero respuestas, quiero preguntas.

Siendo como soy, la manera correcta de amarme es con intriga, de a pocos, de a momentos, porque si de golpe lo tengo todo, la idea del caos se pierde entre un paraíso al que nunca quise entrar. Disculpe, tal vez este dilema entre irme o quedarme surgió porque usted me ofreció el cielo en un bendito deseo, y de alguna manera, todavía sigo añorando el calor infernal de sus besos.

Nunca quise obligarte a quedarte.

Tal vez por eso, cuando te fuiste, te dejé partir, a esa nueva historia, con nuevos personajes y nuevas bocas, nuevas pieles y caricias.

Con la esperanza de que si tan solo alguna de ellas te recordaba a la mía, te acordaras de mí y al igual que yo, tuvieras ese imperioso deseo... por volver.

Varios meses después de tu partida, me juré un millón de veces que estaba a segundos de olvidarte.

¿Quién hubiera dicho que el último segundo me duraría para siempre?

Solía reprocharte por haberte rendido.

Por no haber ido detrás de mí cuando me fui.

Hoy no sé si ese haya sido el motivo,

pero por fin entendí que, después de todo,
tu acto de amor más grande…

fue dejarme ir.

¿Recuerdas cuando prometimos intentarlo?

No hablo de cuando éramos como dos niños intentando descubrir lo que era el amor.

Sino cuando tus labios ya eran suyos y los míos se proclamaban de alguien más.

Justo ahí, cuando mi cordura pendía de un hilo y pensé que algún día podría ser tuyo...

Qué tontos fuimos al creer que tendríamos oportunidad.

Supongo que ya no importa, porque hoy, aunque seas infinitamente suya, vuelvo a desearte que seas feliz... aunque no sea conmigo.

Cuánto odio lo que causas en mí.

Odio tu maldita sonrisa.
Tu caminata sin prisa.

Odio tus labios, porque ya no me besan.

Odio tus ojos, tu pelo y hasta tu perro.

Odio el día en que te vi llegar.

Y más cuando te vi partir.

Pero lo que más odio es que, a pesar de todo, todavía te sigo amando.

Así que sí...

Amo lo que causas en mí.

Amo tu bendita sonrisa, tu risa, tus ojos, tu pelo y hasta tu perro.

Amo el día en que te vi llegar.

Amo seguirte amando.

Amo que no te odio en lo absoluto.

Ojalá hubiera podido quedarme.

Nos amábamos tanto que pensé pasar contigo el resto de mis días, pero no podíamos seguir ahí.

¿Cómo quedarse en un sitio que te hacía tanto daño?

Tal vez si hubiéramos hecho las cosas diferente, el desenlace hubiese sido distinto.

Qué ironía.

Hablo de que entre más me dolía, más te quería.

¿Acaso era masoquismo?

¿En dónde quedó el romanticismo?

Supongo que ya no importa la respuesta, pero sé decirte que de haber podido, me hubiera quedado para siempre contigo.

El problema era que teníamos demasiadas heridas y al final tuvimos que irnos, no porque ya no hubiera amor, sino porque lo contaminamos con peleas, engaños y malos ratos.

Ojalá algún día podamos volver.

Volver a empezar, amar, intentar y tal vez entonces, me pueda quedar.

Hoy volví a soñarte.

Casi como si se tratase de una advertencia de que volveré a verte.

Solo que te soñé más bonita que la última vez que te vi.

Quizá sea porque ya no estás conmigo y por eso te imagino más tú, más libre.

¿Por qué conmigo ya no sonreías de esa manera?

Tal vez era porque ya te habías enamorado de alguien más.

¿Entonces por qué jamás te sueño con él?

Siempre que te veo, vienes a mí como un espejismo que desea volver, no sé si para poseerme, pero sí para tenerme.

Si pudiera volver haría las cosas diferente.

No hablo de conocerte en otro sitio, robarte el beso en otro momento o elegir una canción distinta para enamorarme de ti.

Me refiero a que no te entregaría tanto siendo tan poco.

Intentaría ir lento.

¿Qué más da que no fuera mi tiempo?

Te abrazaría más, y me quejaría menos.

Me aferraría a ti en ese último momento.

Tal vez siendo diferente lograrías quedarte.

O quizá si volviera no le cambiaría nada, al menos así podría volver a vivirte, vivirnos, sentirnos y luego... luego perdernos.

Dicen que todos se merecen una segunda oportunidad, pero es que nosotros no tuvimos dos, ni tres, sino una infinidad de oportunidades para al fin hacer las cosas bien y mira cómo fuimos a parar que mi corazón no volverá a latir igual.

Te he pensado un millón de veces en los últimos días y siempre termino callando este incontrolable deseo por llamarte, aunque termine por arrepentirme y colgarte.

Cuánto desearía olvidarte...

Qué tan idiota debo ser para extrañarte a pesar de saber que fuiste tú quien dejó caer no una gota, sino el vaso entero.

Tantas historias, tantos recuerdos. Nuestras risas y anhelos por una vida juntos se cortaron de tajo o quizá no lo hicieron y por eso sigo soñando con tu regreso.

Cuánto quisiera no esperarte.

Por qué si te saqué de mi vida me sigue temblando el alma cada vez que alguien toca el timbre y corro a la ventana para ver si de casualidad se observa tu cara.

Menuda disculpa tendrías que darme para perdonarte, o quizá ninguna, o todas.

Maldita sea... si yo siempre fui tan elocuente.

Vete.
Quédate.
O mejor vete... pero vuelve.

Cuánto me duelen las expectativas de un amor que jamás sucedió.

Me duele haberte querido a destiempo, como dos cometas que pasaron demasiado cerca, pero que nunca se tocaron.

Qué hago con toda la energía que se desprendió al enamorarme de ti, en ese bendito día en el que como un idiota, me permití quererte de más, cuando te conocía de menos.

De menos horas que a otros amores fugaces, de menos momentos que a otros lamentos, de menos tiempo, mucho menos tiempo del que hubiera querido.

Porque como lo he pensado tantas veces, tal vez el problema fue que te quise a destiempo. Me enamoré de ti muy rápido, y olvidarte... olvidarte ha sido lento.

Quizá fue mi culpa o tal vez fue tuya, pero dime cómo demonios le hago para explicarme a mí mismo que no se le puede sufrir a un amor que solo existió en el etéreo mundo de la fantasía.

¿Cómo más podrías amarme si no ahí, en donde todo se puede y todo se tiene?
Al menos ahora sé que lo que te dije era cierto.

Y que al final, no hay amor más eterno… que el que nunca fue.

Una de las cosas más difíciles de terminar una relación muy duradera es dejar de pensar en esa persona inclusive con las cosas más pequeñas.

Es como si inconscientemente, nos hubiéramos acostumbrado a pequeñas acciones del día a día, momentos, situaciones, que terminaron siendo nuestras. Como cuando miras una publicación en cualquier red social y algo se activa en la parte más oscura de tu cerebro y lo primero que piensas es en guardarla para ella, pero no sabes por qué lo haces, una parte de ti te dice que es por si algún día vuelven a platicar y se presenta la oportunidad de mandarle todo lo que se perdió durante el tiempo que estuvieron lejos, pero el fragmento de tu alma que sabe la verdad de esa ruptura te obliga a guardarla con un sentido franco de olvido, como si estuvieras haciendo lo mismo con el amor de esa persona a la que durante tantos años le dedicaste tu devoción.

Mi mayor defecto es que, sin lugar a duda, todavía te quiero.

Perdone, amada mía, si le digo que hoy he decidido abandonar esta cruzada por volver a sus brazos.

No es que ya no desee sus besos, sus infinitas manías y esa bonita costumbre de estar para usted cuando nadie más lo estaba.

En definitiva, no es que ya no la ame con locura, sino que al fin he comprendido que en esta contienda por recuperarla me he ido perdiendo. Que entre más me acercaba a usted, más me alejaba de mí mismo.

¿Por qué habría de retener a alguien que se empeña tanto en cruzar la puerta?
Claro que me duele que un error haya sido tan grande como para que usted hoy me defina con palabras que me parecen tan ajenas a mi persona.

Pero disculpe si le digo que jamás ha estado más errada. No porque no me haya equivocado primero, sino porque un error no borra todos mis aciertos.

Y es que, amada mía, la comprendo, porque es más sencillo ver el único defecto en un mar muy bello.

¿Quién diría que en ese tormentoso cuerpo acuoso, yo me enamoré de la tempestad?
Porque sí, es más fácil amar la idea de lo perfecto, pero yo la amé así, tan imperfecta como es usted.

Claro que entiendo por qué no puede amarme de la misma manera, pues a final de cuentas, hay defectos que no se pueden aceptar, la cuestión es que nunca entendió que de haberme amado entero, jamás hubiera tenido que amarla herida.

Así que espero me disculpe si a partir de ahora me dedico a olvidarla. Sé que llevará tiempo, demasiado quizás.

Como todo buen poeta, dejaré de amarla con cada verso, con cada lienzo nuevo que recorran mis dedos.

Porque si he de ser sincero, solo así es como podré olvidarla... dejando un poco de usted con cada escrito, con cada labio que acaricie la piel que usted ya no desea.

Pero sepa que me duele saber que, al olvidarla, también estaré dejando una parte de mí, pues nunca me había amado tanto como cuando me conocí completamente suyo.
No sé qué me depare el destino, pero así sea que la olvide hoy, en un año o en una década, sepa con absoluta certeza que tendré que vivir con un vacío que nunca podré llenar, porque sin saberlo, la habré olvidado y lo que solía brindarme calor en las noches más frías, no será más que un hueco, en el rincón más oscuro, de mi memoria.

Después de ti.

Siempre he creído que la vida es un cúmulo de momentos.

Momentos felices, tristes, cómicos y también pasajeros, de esos que se te olvidan por su intrascendencia.

La cosa es que la vida también está compuesta por momentos de impacto, aquellos que en un abrir y cerrar de ojos lo cambian todo: los planes, las ideas, las relaciones.

Sería fácil creer que esos minúsculos momentos de impacto no tendrían una repercusión mayor, pero son tan increíbles que de un momento a otro te hacen reafirmar tus prioridades o, quizás, te ayudan a darte la respuesta que durante tantos meses estuviste buscando.

Es como si por algún motivo hubieses estado a la deriva durante mucho tiempo y en cuestión de segundos, la respuesta fuera tan clara.

¿Cómo más podría serlo?

¿Cómo no creer que es Dios moviendo los hilos, colisionando los universos que habían jurado mantenerse separados?

No estoy seguro si fue buena o mala suerte.

Porque tal vez si se lo hubiera hecho un poco más tarde, si no hubiera hecho la llamada en el momento en que la hizo, si se hubiera tropezado antes de llegar a las escaleras, si tan solo alguien la hubiera detenido, no habría llegado el momento de impacto.

El impacto.

Ese maldito que amenazó con ponerle el punto final a esa historia inconclusa.

Pero la cosa está en que también fue suerte, porque si el impacto hubiese sido centímetros a la redonda, la historia sería distinta. Ese sueño de formar una familia se habría perdido, la posibilidad de caminar a cualquier sitio, lo que fuera, habría cambiado por completo.

No sé si fue suerte o una cita inamovible con el destino, pero sé que por ese pequeño momento de impacto todas las dudas que habitaban dentro de mí se han ido, solo me queda esperar y saber si las tuyas también.

Querido ángel... ¿Cuándo fue que empezaste a tenerle miedo a volar?

¿Acaso no recuerdas que fuiste tú quien me enseñó a emprender el vuelo?

Tal vez pienses que tienes las alas rotas, que el sufrimiento te paraliza y que tu infierno te agobia.

Pero ángel... ¿Cuándo te olvidaste de que eres luz en las tinieblas?

Si tan solo supieras que al verte no veo un infierno, ni una tempestad que me doblega, sino que te veo a ti.

A un ángel de alas bellas, unas que ha decidido ocultar por el miedo a caer.

Te veo a ti, que eres el cielo... mi cielo. A ti que eres luz en la oscuridad y mi paz en la tempestad.

Te veo a ti, al ángel más bello de todos, quien por alguna razón ha olvidado que si hay infierno hay paraíso y que todo lo que cae, puede volver a subir.

A ti, quien alguna vez me enseñó el camino cuando mi sendero no parecía tener destino.

Eso te ofrezco:

Enseñarte tu luz cuando no puedas verla, emprender el vuelo contigo y que si caes, lo hagamos juntos.

Te ofrezco el cielo, mi cielo, para que cuando no puedas verlo, lo encuentres de nuevo, en tu reflejo.

Compañera...

¿Por qué ahora la veo con tantas dudas?

No digo que sea malo, lo que me preocupa es que pareciera que se ha olvidado de las respuestas.

De aquellas que antes parecían tan concretas:

Sí, no, tal vez...

Tal vez será porque la vida le ha dado un par de golpes por lo bajo y la luz pareciera ya no alumbrar con la misma intensidad.

Los colores se han vuelto más oscuros y el cielo sobre su cabeza luce un poco gris.

¿Por qué no sea acuerda que usted es la luz en la tiniebla?

O que el gris en su vasta escala también puede ser feliz.

Compañera... ¿ya no se acuerda?

Hablo de que ha sido precisamente usted quien me ha enseñado que la vida es bella aunque se muera un poco cada día en la búsqueda de lo que no se puede encontrar.

Por favor, recuérdelo, compañera, porque aunque navegue por implacables tormentas, es usted quien tiene las riendas.

Déjame ser lo que nadie ha podido ser.

Un confidente o un amigo... un amante perdido.

Déjame ser lo que callas entre tus murallas y lo que gritas cuando te marchas.

Déjame ser aliento en el viento y alivio al lamento.

Déjame ser tu suspiro al delirio y tu llanto al vacío.

Déjame ser tu compañía en la agonía y la ironía en tu alegría.

Tan solo déjame ser... lo que nadie pudo ser.

Dicen que amamos de la forma en que podemos,
y yo te amé... te amo,
tan intensamente que, a pesar de tu traición,
todavía espero tu llamada.

Aquella que reside.

Quisiera poder decirle cuánto me gusta.

Que sepa, a ciencia cierta, que al verla me tiembla el alma, y las ilusiones, y las sonrisas, pero también las piernas.

Sé que nuestra relación debería ser estrictamente profesional. Que yo habría de aprender de su experiencia.

Pero... querida mía. Debe saber que al verla me imagino un mundo en el que usted no sea suya y yo no sea de ella, sino de usted.

De usted y solo de usted, aquella que ve la vida con una sonrisa y quien aunque pasen 36 horas, se sigue viendo tan hermosa como a la primera.

Aquella que escucha atenta y me mira por lo que soy y no por lo que quiero ser.

Aunque quizá por ahora deba callarme, pues, aunque no sea mi residente, usted ya reside... muy dentro de mi ser.

Cuéntame cómo fue la primera vez que besaste otros labios.

¿También sentiste cómo se congelaba el tiempo entre sus brazos?

Acaso creíste ver el cielo al encontrar tu reflejo en sus ojos.

¿O mientras lo besabas te acordaste de mí?

De aquel a quien un día le juraste amor eterno.

Me pregunto si él también te hubiera prestado sus alas para hacerte volar cuando solo el techo podías mirar.

O si habría soportado tus cambios de humor y tus malos tratos. O si habría valorado todas esas primeras veces que vivimos.

Cuéntame cómo fue la primera vez que estuviste con él o con tantos otros que siguieron después de mí.

¿Te acordaste de mí?

De corazón espero que no lo hicieras, porque cuando besé otros labios, me acordé de los tuyos y en ese instante supe que tú siempre habrías de ser... mi condena.

El único momento en el que estuve verdaderamente seguro de que eras tú, fue cuando te ibas.

Ciego, sordo, mudo.

Te veo, te veo como alguien que nunca pudo ver y que de pronto, descubre la divina imagen de tu bello rostro.

Te escucho, como si de un momento a otro mi cabeza saliera del agua y el milagro de tu voz me hiciera sonreír.

Te siento... pero no como quisiera, sino a la distancia, como un lienzo de seda que espera por ser descubierto.

El problema es que aunque siempre soñé con verte, escucharte y hablarte, me volví ciego, sordo y mudo cuando te vi.

Ciego al verte y descubrir que el mundo entero no existía alrededor de ti.

Sordo al escuchar tu risa y dejar de percibir la música que nos rodeaba.

Y mudo... cuando quise hablarte y de mi boca tan solo salió un suspiro...

Por eso ahora te escribo, pues mi voz es el arte y mi bendición adorarte.

Tan solo pido otra oportunidad de verte, para que aunque sea sordo, tu voz sea lo único que escuche.

Para que siendo mudo, me permitas escribirte nuevamente, aunque sea en mi mente, contigo de frente.

Y para que siendo ciego, lea en braile el relieve de tus manos, tu cuello y tus labios, claro.

Que nuestra risa sea lenguaje de señas, tu voz la melodía de los mudos y nuestra piel, el braile que no paremos de leer.

Permíteme conocerte, pero en la vida real, quitando lo superficial, aunque lo único que tenga que ofrecerte sea mi corazón...en papel y tinta.

¡Y entonces sucede!

Sucede que después de meses de esperarte, vuelves, tu sonrisa es sincera y aunque a veces los ojos se te llenen de pesar, vuelves a ser feliz con mi presencia.

Sucede que volvemos a reír, cantar, llorar, pero nos faltan los bailes, los besos y las persecuciones después de esas ansias que nos damos.

Sucede que al vernos vuelve esa bendita magia que me vibra por dentro y se convierte en los latidos de un corazón que es tan tuyo como mío.

Sucede que vuelves a amarme, pero ahora en silencio, muy para tus adentros, quizá porque temes que si lo dices en voz alta, no podrás volver a callarlo.

Sucede que te vuelves loca entre mis brazos y cuando queremos besarnos.

Y es que sucede que volviste, pero se te olvidó ser libre para amarnos.

Amor, lo que llamo amor.

Y vuelvo a verte...

Solo que la curva de tus labios ya no es la misma.

Tu cabello ya no es ondulado, sino completamente rizado.

Tus ojos son más oscuros y no se iluminan al verme, no al menos como antes.

La sonrisa después de un beso ya no llega con tanta pasión.

Y aquellas costumbres que teníamos se pierden entre las de esta nueva versión de ti.

Me rehúso a llamarla de la misma manera en que te decía a ti:

Amor... ¿Amor?... ¡Amor!

¿En dónde te metiste que aunque te busque en otros labios, otras sonrisas y otros ojos, no logro encontrarte?

Tal vez este sea mi castigo y a partir de ahora, deba buscarte entre los rincones de otras pieles y los surcos de otros labios.

A sabiendas de que solo en ti podré encontrar eso a lo que llamo: **amor**.

Para mi amor, sin título:

Te amo sin fechas ni horarios.

Te amo sin métricas ni ritmos.

Te amo en el ayer, ahora, mañana, qué más da si te amo siempre. Te amo mía y aunque no lo seas.

Porque para amarte no necesito tenerte, ni mucho menos de una fecha, un horario, una métrica o de un maldito tiempo predeterminado.

Te amo conmigo o sin mí y aunque ahora sientas que te cortaron las alas para viajar, te regalo mi imaginación para volar.

Te amo aquí y ahora, aunque ahora seas mi amor sin título.

En un mundo en el que me encanta mi soledad, te elegí a ti para recorrer cada rincón, cada lugar y cada bendito paraíso, ya no en soledad, sino contigo.

El amor no se trata de cuánto puedes besar a una persona o abrazarla, sino de cuánto estás dispuesto a sacrificar, perdonar, tolerar y también a curar.
Amores para buenos ratos hay muchos, pero quienes se queden en tu momento más bajo, de esos hay muy pocos.

De pronto sucede...

Sucede ese bendito milagro que le estuviste rogando a Dios o al destino y vuelves a verla.

No sabes si los mares se calman o inicia una tormenta, solo sabes que en tu interior algo celebra su presencia, pero no es la costumbre con la que antes la veías venir, sino como la emoción de las primeras citas.

Te sudan las manos, el aire te falta, el estómago te duele.

De un momento a otro, nuestros universos colisionan un millón de veces y vuelves a ella, tan fuerte que ahora eres incapaz de comprender cómo fue que estuviste lejos tanto tiempo.

Pero está bien, has vuelto y te recibe con una sonrisa de regreso, una lágrima y una caricia.

Y entonces lo entiendes, entiendes que tu hogar nunca ha estado limitado a cuatro paredes y un techo, sino que yace justo ahí, en donde ella se encuentre.

Porque en un mundo donde pueden leerme millones de personas solo quiero que lo hagas tú.

Te prometo amarte atemporalmente, sin «para siempres» ni
«mientras nos dure», porque por fin comprendí que, en realidad,
no hay medida de tiempo que me alcance...

para dejar de amarte.

Y de repente pasa...

Pasa que el dolor, ese viejo amigo, compañero de tantas lágrimas y noches de desvelo, se marcha, te abraza con nostalgia y te desea un buen viaje.

Pasa que la risa regresa, esa que creías perdida, suena fuerte, más decidida, como si de un momento a otro se sintiera segura en lo que te rodea.

Pasa que tus recuerdos ya no duelen, porque ya no los visitas, no al menos con nostalgia, quizá porque has decidido crear unos nuevos.

Pasa que ya no quieres dormir, porque ya no le temes a la abrumadora realidad en la que vives. Los sueños ya no son escapatoria, sino una forma de recordar lo increíble que ha sido tu día.

Pasa que vuelves a enamorarte de la vida, de esa que un día quisiste quitarte.

¿Cómo pudiste ser tan tonto como para creer que no valía la pena vivirla?

De repente pasa. El dolor, la agonía, la tristeza.

Todo pasa.

Siempre habrá días buenos y malos.

Solo debes recordar que la oscuridad también es: temporal.

¿Sabes por qué amo tanto estar contigo?
Porque cuando escucho tu risa,
me olvido de los problemas del mundo.
Porque entre tus brazos
se encuentra mi lugar seguro.
Y porque, aunque no lo diga,
me siento más feliz cuando estoy contigo.

Te lo escribo porque sé que a veces no lo digo:
Gracias porque somos el mejor equipo,
y porque al vernos, creo que el verdadero amor existe.
Gracias por el millón de cosas que nunca te agradezco,
pero, sobre todo:
Gracias por estar conmigo.

Amor mío, hoy quiero decirte algo:
Sé que a veces es difícil entenderlo,
pero puedo decirte con absoluta certeza
que no hay nada, ni nadie,
que logre cambiar el amor que te tengo.

Porque mi amor… si no es contigo,

no es con nadie.

Hay algo que tienes que entender:
No es que no pueda vivir sin ti,
o que sin tu amor vaya a morir,
sino que sin ti, la vida no me sabe igual.
Las risas no son tan fuertes,
la música no es tan placentera.
No, no es que no pueda vivir sin ti,
porque, en definitiva, soy capaz de hacerlo.

La cuestión es… que no quiero.

A veces ni yo me la creo.
Me refiero a que existiendo billones de personas,
en un universo conformado por trillones de estrellas,
haya tenido la fortuna de coincidir en tiempo y lugar
con la más hermosa de ellas.

Alguna vez me dijeron que cuando conociera el amor lo entendería.
Y fue cierto, cuando te conocí, entendí que es imposible no pensar en ti cuando escucho «para siempre».
O que en la salud y en la enfermedad no suena descabellado.
Entendí que no hay futuro que vea sin ti.

¿Cómo negarte que me muero de ganas por vivir contigo?
Despertar junto a ti cada mañana y abrazarte fuerte.
Que las citas de películas y series no culminen con una despedida, sino con tu piel entre mis dedos.
Que al volver de una fiesta, seamos el *after*,
y a la mañana siguiente, levantarte con desayuno en la cama. Despertar para ver tu cepillo junto al mío,
y tener toda una rutina para dormir contigo.
Poder llevarte flores al salir del hospital,
y contarnos mutuamente las aventuras que el día trajo consigo.
Pero resulta que quiero vivirlo todo, lo bueno y lo malo.
Así que no me molestaría si discutimos de vez en cuando,
o si te enojas porque tus costumbres sean diferentes a las mías, porque al final, haremos las nuestras.
Me encantaría poder cuidarte cuando enfermes,
y llenarte de todo eso que te gusta cuando lleguen esos días del mes.
No te prometo que siempre sea perfecto,
pero te prometo que siempre será…
real.

Solía creer que el amor era sinónimo de pasión, pero cuando te conocí, me di cuenta de que no solo tenía ese fervor que me lleva a querer comerte de pies a cabeza, sino que de alguna manera, también es la calma que siento cuando me abrazas.
Y es que pasa que el amor no es solamente besos sin freno, sino que también es tomarte de la mano con calma, escucharte respirar y secar tus lágrimas cuando llega un mal día.
El amor es recibir una mala noticia y correr al hospital sin importar lo que tengas que dejar atrás. Es sentarme junto a ti a leerte para ayudarte a volar cuando no puedas caminar, o ayudar a tus piernas a ir a los sitios que pensaste que no podrías volver a visitar por cuenta propia.
Es alegrarme hasta las lágrimas por verte sana, y sentirme orgulloso de todo lo que has crecido.
Contigo aprendí que el amor es sincero sin importar el precio, y que no importa si estamos en Málaga o Madrid, igual me sigue volviendo loco tu perfil.
El amor es ser confidentes y amigos, amantes y enemigos, y aun así, volver a elegirnos al siguiente día.
Es perdonar, crecer y avanzar.
Y sí, el amor es eso que siento cuando estoy contigo, pero también es lo que no siento con nadie más.

Supongo que al final, tú, precisamente tú, eres amor, mi amor.

¿Quieres saber cómo me di cuenta de que me gustas?
Fue poco después de haber comenzado a frecuentarnos y hablarnos diario, cuando en una tarde como cualquier otra, me di cuenta de que quería contarte las tonterías que no le cuento a nadie más.

Aunque no te lo diga siempre, me encantas.
Y lo curioso es que me encantas siempre, en cualquiera de tus versiones.
En pijama, arreglada, recién bañada, antes de irnos a dormir y al despertar.
Me encantas hasta cuando el espejo te miente de frente, y cuando te pones candente.
Me encantas en presente, pasado y en el futuro perfecto a tu lado.
En resumen: me encantas siempre.

Me di cuenta de que me había enamorado de ti un domingo por la mañana.
La familia se había reunido para desayunar y no pude evitar pensar:
«Cómo quisiera que estuvieras aquí».

Tengo que admitir que en realidad prefiero pasar la tormenta junto a ti.
Y en general aplica para todo.
Pues prefiero cruzar por el infierno contigo a mi lado, que vivir en el cielo…
sin ti.

Tal vez me gustas tanto porque en tus ojos veo el reflejo de lo que tanto esperé.
Me refiero a que al verte, me siento completamente seguro de lo que quiero.
Quiero más que una noche… ¡Las quiero todas!
Sean buenas o malas, las quiero mientras sean contigo.

Sé que es tonto pensar que nunca pelearemos.
Por eso quiero pedirte que cuando lo hagamos, recuerdes algo: Recuerda que somos tú y yo contra el problema, y no contra nosotros.

Sé que a veces soy muy insistente en que eres la única en mi vida.
Y créeme, no es porque seas la última mujer en la Tierra.
Sino porque estoy seguro de que eres la última mujer con la que quiero estar.

Solía tenerle miedo a desbordarme de amor.
Tal vez porque pensaba que no habría nadie que lo valorara.
Pero cuando te conocí, descubrí que no había otra forma de amarte que desbordándome de amor.

Te quiero libre, cuando tus manos vuelan y tus pies te guían descalza por senderos de páramos desconocidos.

Te quiero presa, cuando sus labios acompañan a los tuyos en la aventura que debería ser nuestra.

Te quiero ajena, aunque tu alma sea suya y la suya se pierda en el intento de ser lo que has pedido.

Te quiero mía, cuando tus ojos se cruzan con los míos y me dejas saber que tú también me quieres, libre, preso, ajeno y a pesar de todo, siempre tuyo, amor mío.

Te quiero libre, porque así me enamoré de ti, sin grilletes, sin ataduras banales de hombres menos listos que se juraron merecedores de tus encantos.

Te quiero libre, porque presa, ajena, mía, dejarías de ser tuya y solo tuya, es esta bendita gloria... de quererte.

Segundas partes.

Dicen por ahí que las segundas partes nunca salen bien. Que son solamente una forma de no dejar ir, de seguir aferrándote a algo que irremediablemente está condenado al fracaso.
Sin embargo, debo decir que cuando volví a enamorarme de ti, descubrí que la única manera que tuve de aprender a amarte como te merecías fue perdiéndote.
Sí… tuve que perderte para aprender a amarte.
Y es que verás, cuando te enamoras, nadie te advierte de que existen muchos tipos de amores, algunos que estás condenado a repetir hasta que te salgan bien, o quizás, hasta que aprendas la enseñanza que vinieron a dejarte.
Tal vez por eso tuvimos tantos tira y afloja, como si inconscientemente nos estuviéramos enseñando a amar de todas las maneras posibles. Y al menos ahora, puedo decir que te he amado en la salud, en la enfermedad, te he amado a pesar de haberte traicionado y sí, también te he amado a pesar de tus traiciones. Te he amado conmigo y te he amado sin mí. Joder, incluso te he amado cuando te he odiado y eso, eso es algo que no podría tener con nadie más.
A lo largo de todos estos años me has enseñado que el amor es eso que sientes cuando estás con la persona correcta. Por eso es que estoy seguro de que te amo, porque cuando estoy contigo, siento lo que nadie más me ha hecho sentir.
Sí… tal vez sea cierto que las segundas partes están destinadas a fracasar, pero la realidad es que en esta ocasión, no te estoy amando como si fuera un segundo capítulo, o la continuación marchita de una historia mal contada. Sino que te estoy amando como si fuera la primera vez, o quizá la última, no porque esté pensando que todo va a terminar, más bien, porque no quiero pasar un día más sin ti.
Y henos aquí, pasando las vacaciones más hermosas de nuestra vida, a un par de días de que te entregue el collar de promesa, en el restaurante más antiguo del mundo.
Cuando nos subimos a aquel avión, pensé que viajaba para aprender a vivirte en el instante, y pronto descubrí que viajaba para aprender que nunca se trató del país en el que estuviéramos, sino que estuviera contigo.
Por eso es que ahora, en nuestra primera noche de esa bendita luna de miel anticipada, te escribo desde el rinconcito de nuestro precioso departamento en Málaga, con la promesa de que esta vez, voy a amarte con todas mis fuerzas, y no con todas mis dudas, que te amaré bien y no a medias.
Que esta segunda parte será la última, porque cuando vuelva a escribirte, no será de los tiempos en que estuve contigo, sin ti y después de ti, sino que escribiré las promesas que quedaron plasmadas en el collar que hoy llevas y que de alguna manera, escribí a lo largo de todo el libro en el que hablé de los tiempos en que me enamoré de ti y que aprendí a amar la vida estando **contigo**; de esas que reafirmé en los tiempos en que me cuestioné todo cuando estuve **sin ti**; aquellas que reafirmé al final, cuando quise escribirle un desenlace distinto a mi historia y descubrí que **después de ti** solo podrías ser…

tú.